RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Casullo, Nicolás

Los cielos de la historia

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Casullo, N. (1995). Los cielos de la historia. Revista de ciencias sociales, (3), 31-41. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1195

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

Los cielos de la historia*

Nicolás Casullo**

1 Desencanto político, democracias massmediáticas. A diferencia de cierta filosofía primordial, las ciencias sociales suelen preguntarse por lo que ya tienen iluminado, respondido. Más que *eso*, desde hace unos años desaparecidas las *teorías* oraculares de la revolución, las cuestiones *de* un tiempo a desentrañar son en realidad temas de un espíritu de época a obedecer.

Desencanto, massmediatización: temas irrefutables. Nadie puede negarlos, en principio porque parecen de una evidencia descarada. ¿Para qué sociólogos, si ya es tertulia de las *viejas* tías en el jardín? En segundo lugar, porque *ya* no pensamos sobre ellos, sino que ellos nos transforman en prolijos mensajeros.

Cuenta la tradición judía de un maestro rabino que durante todo un día habló magistralmente sobre el deplorable estado del mundo, gobernado por la ignorancia y la indiferencia. Al concluir, uno *de* sus discípulos, deslumbrado por la disertación, le preguntó: "Querido Rabí, el mundo es como *tú* dices, ¿pero qué es peor, la ignorancia o la indiferencia?" "No sé ni me interesa", contestó cansado y sereno el maestro. Quisiera seguir cierta resonancia de esta respuesta.

2 Un tiempo como el presente, obsesionado por su *utópica* capacidad de *informarlo todo* y al *instante*, termina reponiendo un gesto bíblico originario: contar, previo a todo, de qué se trata el mundo. En qué consiste el inefable Plan de Dios para su criatura. En nuestro caso: saber semanalmente qué aspecto tiene la década ideológica del proyecto divino.

Desde este punto de vista, saber que vivimos *en* "el desencanto de

* Ponencia presentada en el VII Congreso de Felafap, Cali, Colombia, 1994.

** Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigación (UBA).

las ideas de cambio", en "el ocaso de cosmovisiones fundadoras del sistema y de utopías milenarias", instancias arrasadas por una cultura massmediática fragmentadora, por el show y el simulacro, por "una política que se construye en la TV", son hiperdatos que importan menos por su certeza o falsedad que por la tranquilidad y el descompromiso que brinda al sabernos, de antemano, historizados, archivados, descubiertos: llevados a una suerte de prematuro discurso epocal.

"Se extinguieron los metarrelatos", "vivimos en el tiempo de las discontinuidades y pluralidades": la permanente construcción periodística-académica de nuestra campana de época es una estética mediática sobre "el alma de la historia". Es un servicio informativo sobre el "misterio" de los Inmortales, que nos regresa a las Escrituras reveladoras, a la Providencia, pero entrevistada en suplemento cultural: el gran relato sobre la muerte de los grandes relatos.

Semejante a lo massmediático, que nos ahorra el preguntarnos si por detrás persiste todavía lo real, también la oferta cultural de exponer en las vidrieras el espíritu de época, que cada tanto tenemos diseñado, nos ahorra pensar si la historia tiene aún memorias irreductibles a los olvidos, fracturas imprevistas o algunos mesianismos no catalogados.

En todo caso, ser invitados a entrar a un espíritu de época como al estudiado hall de un hotel cinco estrellas, sabernos ya envidiablemente almacenados para investigaciones futuras sobre los mesurados paradigmas que tuvimos, nos evita el "anacronismo" de relacionar la época con el problema de la conciencia de sus agentes sociales: discutir la índole de las historias que suceden, en relación con los proyectos sobre cuál historia se quiere.

3 Solemos afirmar que el desencanto político es el signo inconfundible de nuestro espíritu de época. La noción de espíritu de época, en este caso y en otros similares, aparece como la pétrea naturaleza de las "nuevas cosas", como eslogan publicitario que cosifica las circunstancias llevando los temas a mito.

Resulta pertinente preguntarnos qué es y qué se entiende por espíritu de una época, de qué manera se construye como experiencia en lo histórico moderno, ilustrado, para actuar con su carga simbólica tanto en lo conceptual como en lo político. Hegel fue quizás el filósofo que más hizo explícitos estos amplios climas abarcadores de la historia. Para Hegel, su tiempo, el de la revolución de las luces y la sangre, fue lo definitivamente nuevo y a la vez problemático. Doble caracteri-

zación que contenía "el espíritu de una época" como *moderno secreto*.

La época, pensada en tanto espíritu, no remitía ya básicamente a las reveladas y consoladoras huellas de lo celestial, sino a los secretos de un tiempo nuevo, a una fabulosa modernización de la historia que orientaba su crepúsculo. Para Hegel, la actualidad había devenido pleno espíritu, el espíritu del mundo en su cultura. Esa actualidad era lo necesario de descifrar, de leer como espíritu de época cabalmente historizado, y posible de hacer presente sólo desde la conciencia indagadora.

Dato que nos interesa: la conciencia es entonces la figura protagónica y desdichada, que al descubrir el espíritu de época, palpa que tal secreto es su propio periplo humano, su dramática fractura, su incompletud. Subjetividad libre pero escindida, prometeica pero huérfana, trágicamente transformadora. Para el filósofo, esa conciencia es el camino que corre los velos y permite conocer lo que importa: lo que ella sabe, su actualidad, ese espíritu en tanto hilo de sentido en la opacidad de las cosas y las pérdidas.

De tal manera, el espíritu de una época es pura conciencia en la fragua del mundo. Subjetivización de horizontes que explican, pensará Hegel, frente al "presentimiento brumoso de lo desconocido". Nunca, entonces, reificación de un escenario en su engañosa exterioridad. Nunca, un paisajismo homogeneizador de la mirada, una descripción simplemente coreográfica de circunstancias. Por el contrario, nos encontraríamos con la pura conciencia histórica develando secretos: esa obsesión moderna de realidad que remata en Marx ("El carácter de fetiche de la mercancía y su secreto") y que impide toda institucionalización ideológicamente legitimadora de un "espíritu de época". Conciencia moderna, por lo tanto, colonizadora del mundo, que enuncia lo inédito y lo problemático. Sólo desde ella, y hacia ella, se inaugura *el dilema de lo actual*.

Y, efectivamente, lo moderno, en tanto "espíritus de épocas", será para siempre esa *actualidad en crisis*, pero ya no sólo para la sensibilidad del filósofo, sino para una subjetividad inconmensurablemente desplegada. Para una cultura que, ya en Kant, nos había transformado en público activo de la historia. El espíritu de época es esa cultura de públicos, universalizados, *traídos a historia*, a conciencia, a intervención significativa. Para Hegel, ese espíritu es la condición cultural moderna en su estado racional más promisorio: bajo égida filosófica, científica, cargada de temperamento histórico crítico.

Resulta conveniente a veces recorrer las travesías de las nociones. Como expresa el teórico Franco Rella, se trata siempre de encontrar por primera vez el pasado desde cada ahora, como el real gesto utópico, para encontrar los indicios enmudecidos debajo de tantas discursividades vencedoras.

Pero Hegel nos amplía la pista. Enunciará el tema desde otro sitio, para mostrar las formas, hasta azarosas, de la anunciación de un espíritu de época. Un episodio de su vida muestra que el problema puede ser pensado a partir de una macerada vía conceptual, como puede ser fruto de otra experiencia: la de las imágenes iluminantes de un tiempo, donde juega la intuición intelectual, la dimensión de lo sensible racional.

Cuando en 1806 Hegel está por abandonar la ciudad de Jena, debido a la invasión francesa, ve en la calle la penumbrosa silueta de un jinete que encabeza la tropa: contempla la estampa del general corso, *la del emperador Napoleón. El joven filósofo está en la puerta de una* imprenta con los manuscritos de su *Fenomenología del Espíritu*, y reconoce sin vacilaciones que en aquella figura militar de rostro semioculto, arrasadora de su tierra, acontece de manera indeleble el espíritu de la época.

¿Cómo entender esta experiencia impresionista de Hegel, este otro relato sobre el anagrama de un espíritu epocal? El pensador habla a la intemperie, el filósofo aparece desguarnecido entre la empiria del mundo: el desorden de las cosas, la guerra, la catástrofe, le permiten sin embargo atisbar el secreto. Asistir a la paurisía del rostro definitivo de lo moderno en lo contingente. Enunciar un fondo de lo real, ya no desde la conciencia que aborda la forma inteligible de la ciencia, sino desde la precariedad, la fugacidad, desde la ilusoriedad como régimen germinal de la verdad. Desde una conciencia crítico-literaria, en su reconocer la trama evanescente de la realidad. En los manuscritos de su *Fenomenología* precisamente había escrito: "[...] como un relámpago ilumina de pronto la imagen del nuevo mundo".

Tendríamos entonces, en este caso, la imagen del espíritu de la época. Iconografía que juega como resolución de lo que se torna indecible en términos argumentativos y teóricos. Construcción más acá o más allá del concepto, para comprender la historia. Para representarla. Un Hegel de raíz romántica parecería revivir sus primeros diálogos críticos sobre la constitución imago-lingüística del mundo, y al hacerlo le arranca casi baudelerianamente al "instante que pasa" una imagen que quiebra, que interrumpe, que reúne y ordena los acontecimientos.

Es desde la fragilidad de las imágenes (un jinete, la figura, un ejército después de las batallas, la violencia y la muerte) a partir de donde el filósofo atrapa la representación de toda la historia. Es decir: su actualidad, su devenir época, espíritu, modernidad.

5 Para Hegel el espíritu es un tiempo y un espacio subjetivizado que "ha roto con el mundo precedente" y con "*la representación*" del mundo. En las dos versiones hegelianas encontramos un movimiento de la conciencia que, en el descifrar su época, pareciera afirmar que lo hace, en uno y otro caso, bajo impronta o alertas críticos. Esto es, plantea la interpretación del presente como una mirada, anticosificadora, de la noción de "modo de una cultura", deslegitimadora de toda atmósfera civilizatoria que sustraiga conciencia y sentidos de los actores sociales, para suplantarlo por *lógicas progresivas*, reificadoras, de lo técnico-cultural, técnico-económico, tecno-político y tecno-estético.

Es significativo señalar la concurrencia entre ambas lecturas, sobre todo teniendo en cuenta la poderosa carga ideológica y política que hoy ejerce, sobre el pensamiento intelectual, no sólo el subgénero de las interpretaciones globales sobre la actualidad, sino cómo tal discursividad fija formas narrativas de la *representación de la historia*.

Relatos sobre nuestro tiempo "de crisis", "de incertezas", "de posmodernidad", de lo que es ilegible, de lo que es conducente e inconducente. Representaciones de la historia merecedoras de ser llevadas a las lecturas críticas, para poder discernir en primer término las concepciones que envuelven enunciados sobre "espíritu de época", luego sobre qué fondo teórico-político-histórico se vuelven inteligibles, también sobre el carácter cerrado o abierto, por último qué nudos de cuestiones alumbran y cuáles oscurecen, en términos sociales y culturales.

6 El espíritu de época es una *problemática de la modernidad*, y, en tanto problemática, su sentido sólo es inferible en la relación entre un campo de conciencia intelectual y la singularidad de una conciencia en tensión crítica con aquél. Por lo tanto, las condiciones del presente son formas permanentemente reabiertas de *representación de la historia*, es decir, de políticas de centramiento y descentramiento entre subjetividad e historia: discusión crítica sobre teoría del sujeto moderno en la cultura. En síntesis: cultura crítica. Discursividad operando en términos deslindados, aun dentro de los ordenamientos de conciencia profesionales, corporativos, colectivos, de un campo cultural y político.

El presente como construcción "epocal" es una forma de la representación de la historia que nunca deja de trabajar explicativamente también desde lo *fantasmal* (imágenes condensadoras) y como relato de *fondo mítico* (devenido definición metafórica). En este sentido, enunciaciones plausibles de reabrirse una y otra vez, en sus significados, en términos críticos, filosóficos, políticos, literarios: a contrapelo de toda osificación ideológica del conocimiento.

7 Definiciones que nos circundan: muerte de ideologías, agotamiento de utopías, disolución de la política. Abunda hoy una lógica de interpretaciones globalizadoras, de fisonomías macroculturales, como mensaje típico que, por la amplitud de lo que certifica, se encuentra imbuído de un halo: provenir de "saberes especializados".

Un exitoso texto informativo-culturalista, periodístico-académico, propone *la historia que vivimos* como figura invertida a la que habíamos rastreado en la tradición moderna. Ya no se trata de un indagar crítico en la cultura que busca el secreto de una época, su espíritu teórico y reflexivo, sino del *secreto transparentado* como nuevo molde de lo histórico (de lo post-histórico, dirían ciertas corrientes). Como si un apriorístico "espíritu de época" trabajase en términos de estética conceptual consoladora, para objetivizar, instaurar, formalizar un presente y legitimar la silueta de su conciencia lúcida.

Tiempo planetario, sistema-mundo, cultura o aldea global, nuestra actualidad es, cada vez más, un amplio campo visual, que se hace conocimiento verosímil cuanto más inconmensurable es lo abarcado. Cuanto más instituye una autoconciencia de los grandes trazos, cuanto más opera con una lente captadora de *geografías dilatadas* en lo ideológico, en lo político, en lo tecnológico normativo del mundo. El espíritu de época como constelación de significados ya no expresa, en lo fundamental, una tensión crítica como punto de partida entre subjetividad y lógica civilizatoria, entre historia y contrahistoria. Sobre un fondo igual, único, antedatado, se estructura la ideología de las diferencias, de las particularidades, de las pluralidades discursivas, de las nuevas identidades.

Nuestro "espíritu de época" y sus características parecería ser más bien fruto de una mirada pos-conciencia, desconflictuada, entre cultura y conciencia intelectual. Una mirada sin marca, sin dueño, aparentemente desprovista de ideología y política, técnicamente irreprochable en su nitidez, en su verdad, y comunicada con la rotunda contundencia de ser "historia planetaria". Como si esta nueva matriz epistémica

de hacer presente el presente correspondiese al ojo del satélite meteorológico: a las imágenes "técnicas" y "científicas" de su fotograma. Este efecto de satelización en el mirar el mundo estructura los dispositivos relatores de un espíritu de época que "comprende" al mundo.

Esto es: rastreos del puro dato, contornos y siluetas fotoinmovilizadas, una distancia descomprometida de toda intencionalidad, una descripción paisajística permanente, una imagen indiscutiblemente diáfana, "cierta", una mirada sin sujeto, que talla su visión más allá de toda problemática de la conciencia en la particularidad de lo social.

8 "Viena es una estación meteorológica, un campo de experimentación para el fin del hombre", escribió a principios de siglo Karl Kraus, el satírico de Austria: alguien que hoy llamaríamos un investigador en estudios culturales. Desde una experiencia meteorológica, no satelital, Kraus sin embargo se arrogó el don de descifrar el mundo en las imágenes y el simple escuchar las conversaciones de la clase intelectual vienesa en los bares de la ciudad. ¿Desde qué imágenes descubrió los secretos, el espíritu de su época? Cuenta que desde la foto de un general del Imperio, desde una publicidad gráfica de zapatos, desde la corrupción del propietario del mayor periódico de Viena.

Setenta años más tarde, otro ensayista, Ciorán, reconocería que Europa no escuchó a Kraus cuando develó el secreto: efectivamente, lo indiscutible fue aquella estación graficadora de un clima que muy pocos advirtieron. Kraus, conciencia insomne, vislumbró en imagen y palabra lo único cierto: el espíritu de la época sería "campo de experimentación para el fin del hombre". Kraus escribió: "[...] en la oscuridad tanteo las palabras". El periodista, el ensayista, escapa del cuadro de época, de las teatralizaciones argumentativas imperantes. Escapa del clishé, de la fraseología, de la subasta de palabras, para rastrear los signos de su tiempo en la oscuridad, en el secreto. En ese gesto encuentra palabras, no verdades. Encuentra voces que se remontan a contrapelo de las racionalizaciones predominantes, de los reciclajes de la memoria generados por la gran prensa, por los suplementos culturales, por la intelectualidad consagrada de su época.

¿Cómo leer esta fusión, y a la vez discrepancia, entre tiempo histórico y malestar de la subjetividad, que se opone a lógicas y valores referidos a las condiciones del presente? Con la pregunta retornamos a Hegel. A aquella figura napoleónica como verdad de su tiempo: verdad atrapada desde el lenguaje, desde la sensibilidad metaforizante.

Verdad no absoluta para Hegel, no incuestionable, sino verdad nacida desde las frágiles e inmediatas apariencias del mundo.

Como en Karl Kraus, *verdad* que estructura su pronunciación desde la oscuridad del tiempo. El espíritu de una época es ese exponerse de la conciencia: de lo imaginario a las cosas, desde lo real a lo imaginario. Es decir, política, posicionamiento político intelectual.

9 Pienso en Sarmiento, aquel argentino latinoamericano, mientras recorría las calles de París en 1846, con el manuscrito de su *Facundo* bajo el brazo. Extranjero, conmovido por el torbellino de la metrópolis, por aquella escena mítica, moderna, que, según Sarmiento, funda "los cuerpos sin alma" de los paseantes *solitarios*, la búsqueda *desvelada* "de lo que no se sabe". Y en esa ciudad, donde "no hay otro título que ser autor", el rioplatense confiesa: "[...] vi en un momento la América toda".

¿Qué es esa América? Es un nuevo tiempo autoral de la conciencia moderna. El lugar de un silencio, de un vacío, de una "no-historia", que en Sarmiento se puebla de sonidos, de significados, de relato, a partir de un cruce de boulevares y visiones espectrales de las asiáticas soledades pampeanas. Sobreimpresión de escrituras: París y el *Facundo*. Pasajes, deslizamientos entre figura y concepto. Entre rapto y *sistema* lógico. Entre tras*fondo* de imágenes y teoría, que nombran la *época-américa* también en una sombra, en una penumbra caudillesca: Facundo.

Como en Karl Kraus, la *cifra* de un presente, en el poder enunciarla, pasa a ser palabras secretas a tantear en una oscuridad. Dicho de otra forma: es la infinita reapertura de un régimen de verdades. Una operatoria política e ideológica de representación de la historia, como búsqueda crítica, en tanto búsqueda de *las formas* actuales de esa historia. Desde esta perspectiva, es el *ensayo* enunciativo de lo indecible. Un trazo de conciencia crítica, entendida *como* escritura desenmascaradora y querellante contra los rostros instituidos de una época: esas homogeneizaciones dominantes, inertes, reductoras, que nos gestionan la caracterización de los ahoras históricos.

El espíritu de una época, como problemática moderna, como tránsito de tiempos, como modernización de una historia, como legitimación de sus subjetividades, es siempre querella entre definiciones y posiciones, frente a un "mundo" que aparecería como puro caos, paraje informe, necesitado de relatos y estilos. Tenemos el radiante y polémico planteo de Marx, cuando en el *Manifiesto Comunista* desentraña

la época de la revolución capitalista: ese atronador espíritu de época, diabólico, salvífico, inclemente, predestinado, que, según Marx, muestra su cara secreta en la imagen de una historia prisionera de "un estado de súbita barbarie" civilizatoria. Sólo una época pensada en su espiritualidad puede ser víctima de ese desenlace trágico que pasa por encima de clases, intereses y programáticas políticas.

La caracterización de un espíritu del presente nos aproxima más a la tela invisible del tapiz, a los arabescos de su cara oculta, que a la trama de su diseño expuesto. Enunciar "los celos" de una actualidad nos aproxima a ese espacio abismal por detrás del texto político y teórico que fue el *Manifiesto* del '48; a la aventura de pensamiento generadora de su verdad, verdad en la cual hoy, en términos de barbarie civilizatoria, seguimos absolutamente contenidos.

10 De intentar una mínima arqueología sobre nuestras actuales preocupaciones, puede decirse que en las últimas dos décadas se delinea una metanarrativa sobre "los signos del presente", que opera en tanto discursividad noticioso-cultural, fusionando un "reciente objeto de saber especializado" con un fuerte despliegue comunicativo de masas. En este sentido puede hablarse de una estética, de sesgo massmediático, sobre *la ambientación del mundo*. Estética en tanto produce un *nuevo mirar* las circunstancias, en tanto opera con el objetivo de un consumo inmediato, en tanto genera nuevos referentes simbólicos como dispositivos de apropiación de lo real, y dinamiza formas de recepción y circulación bajo un hegemónico patrocinio de ideologías. Estética de ambientación del mundo, que mitologiza el humus de la tradición moderna en cuanto a la trama de sus espíritus de época, entendidos como develamiento de los secretos del presente. El elenco de temas reunió académicamente, como carga ideológica fundante, la idea de *crisis del sistema cultural* explicativo, devenido ruinas de paradigmas, un tiempo de *mutaciones tecnológicas* que emergían como "un más allá de la historia pensada", una *alarma histórica* que no involucraba un proyecto determinado sino el todo social, y la consecuente recomendación del trazado de una *frontera* en términos de aspiraciones de desarrollo histórico.

Desde estos cuatro puntos cardinales, los nuevos parámetros conservadores de *representación de la historia del presente* hicieron eje en un enfoque culturalista del sistema mundo, como último espacio de inteligibilidad que restaba. Pero, como mirada cultural, como gesto invertido en relación con su linaje crítico-cultural. Pasaje de una poten-

cialidad contestataria a una estetización confirmatoria. La historia concluía en una mirada mimética, hiper-realista, propia de las discursividades del poder, productoras de soportes de total identificación, de técnicas sobre la mejor *performance* posible, y unificadoras del todo social. Este abordaje culturalista buscó autonomizarse como esfera interpretativa: plano de los mundos simbólicos, inmateriales, discursivos, massmediáticos. Este constituiría el punto crucial del planteo discursivo, el quiebre de una clásica racionalidad moderna en cuanto a dar cuenta de la totalidad de sus tramas estructurantes y la emergencia de una escisión-cosmovisión posmoderna, que distancia las miradas resolutivas entre proceso económico-social y proceso cultural.

11 Se trata, sin duda, de no negar las referencias que hacen a un tiempo del sistema, ni de pasar por alto los datos de una realidad en sus distintos planos. Pero exponer, discutir temas, desde la totalidad imperturbable que representa un espíritu de época, implica sin embargo incorporar su genealogía discursiva, las empirias y lógicas que reclaman tal espíritu y hacer de dicha reflexión una instancia precisa de crítica investigativa. Develar, en cada abordaje problemático, lo que venimos observando: que el espíritu de una época no es del orden de la naturaleza de las cosas, sino de una conflictiva confrontación de posicionamientos, y, por lo tanto, de una fragua de la conciencia histórica en su pluralidad social, política, intelectual, que disputa y se rebela con respecto a las representaciones de lo actual.

El presente, además de exponer sus estados objetivos a la investigación, es una escena cargada de pasado: es una conciencia histórica que borda memoria, articulación e iluminaciones de lecturas. Podría decirse que ese ineludible pasado del presente es lo que vivimos con mayor o menor fortuna, y a partir del cual la actualidad se nos aparece siempre como una situación de emergencia a resolver, fruto de una catástrofe cercana en el orden de los sentidos, que ha tenido y sigue teniendo lugar.

En esta perspectiva, desde el linaje de los que buscaron ensayar el espíritu de una época, como almas solitarias o planteos colectivos en disconformidad con las gramáticas imperantes, el espíritu de una época se nos revela, a nosotros sobre todo, como textos con intenciones de ruptura frente a la naturalización de la historia. Un gesto de discontinuidad frente a tal inercia que cobijó, por voluntad visionaria o de protesta, la idea de desordenar lo dado. De agregarle autorías. Es decir, de no olvidarse de la denominación desde la práctica teórica. Un

gesto contra-histórico del presente legitimado. Un gesto tendiente a suspender, con potencialidad teórico-crítica, la perversión de la época, cosificada en algún espíritu "sin dueño". Una conciencia siempre afanosa en señalar la precariedad de los relatos instituidos, y al mismo tiempo, arrogándose la facultad de desarraigarse, para construir otro saber de lo inmediato. Ese es el desafío que nos espera. Un desafío político-intelectual latinoamericano como voluntad crítica, es decir, a contrapelo de los desencantos:

- que busque reponer una nueva épica del sentido en el campo de la representación de la historia presente establecida;
- que construya, desde la relación crítica con nuestra actualidad, una nueva significación del pasado;
- que haga presente básicamente la dominación en la historia, en todos sus planos, también en la trama de nuestras discursividades;
- que enfrente las operarias (?) teóricas y prácticas que busquen conciliar los conflictos;
- que se plantee que todo conocimiento de lo actual que no se funde en una indisposición crítica clara se destina a la celebración de las circunstancias. ◆